

# Ardanza hace memoria

José Luis Zubizarreta \*

*Todo político que se precie acaba escribiendo sus memorias.*

*El exlehendakari José Antonio Ardanza no iba a ser menos.*

*En Pasión por Euskadi, en su versión castellana, Euskadi en el corazón, en su versión eusquérica, escrita tanto desde su ser nacionalista como demócrata, Ardanza narra sus orígenes y educación euskalduna, explica las pautas que guiaron su acción de gobierno y, de cara al presente y futuro, invita a la sociedad vasca y española a seguir apostando más por la inclusión que por la exclusión.*

El exlehendakari Ardanza ha resumido en el título y subtítulo de sus Memorias (Ediciones Destino, Barcelona, 2011) todo el significado político que cabría extraer de su contenido. El título: *Pasión por Euskadi*, en la versión castellana, o *Euskadi en el corazón*, en la eusquérica, destaca la vertiente radicalmente nacionalista del autor. El subtítulo, por su parte, *El compromiso del lehendakari que gobernó para todos los vascos*, subraya su carácter eminentemente democrático, al poner en primer plano la actitud de reconocimiento y asunción de la pluralidad vasca con que ejerció sus mandatos. De hecho, también en el círculo de sus más íntimos gustaba Ardanza de repetir la frase

---

\* Analista político.

con que el primer lehendakari de Euskadi, José Antonio de Aguirre, justificó, entre otras, la decisión de posicionarse del lado de la República española, cuando ésta se vio atacada por el golpe de Estado promovido por el general Franco: «*Soy nacionalista, pero, antes que nacionalista, demócrata*». Y es que la mezcla de ambas categorías –las de nacionalismo y democracia– es como el leitmotiv que recorre tanto la vida como las páginas de las Memorias del lehendakari José Antonio Ardanza.

Reivindicar su vertiente nacionalista era para Ardanza una necesidad personal. Emparedado su mandato entre dos lehendakaris –Garaikoetxea e Ibarretxe–, que si por algo sobresalieron fue por la radicalidad de sus planteamientos abertzales, corría el riesgo de ser recordado, por los correligionarios de su partido, como una especie de paréntesis obligado por las circunstancias que en aquellos años vivía el país: ruptura del PNV y consiguiente inevitabilidad del pacto con los socialistas. No era un riesgo que existiera en la mente de Ardanza. Ocurrió de hecho que, en el tenso ambiente de excitación abertzale que siguió a su mandato en la época de su sucesor, Juan José Ibarretxe, los catorce años de gobierno por aquél protagonizados fueron definidos por el entonces presidente del Partido Nacionalis-

ta Vasco, Xabier Arzalluz, como un «tiempo muerto», en referencia a la falta de avances en las reclamaciones nacionalistas que, en su opinión, supusieron los mandatos del lehendakari Ardanza.

No era éste, además, un riesgo que sólo se corriera en el País Vasco. El propio presidente de la Generalitat catalana, Jordi Pujol, instado en el Parlament a ejercer políticas más consensuadas con el Partido de los Socialistas de Cataluña, acuñó, con intención claramente despectiva, el término «ardancismo» –«*no haré yo ardancismo*», prometió–, denostando de este modo, a los ojos del nacionalismo catalán, la actitud pacifista que el lehendakari Ardanza mantuvo desde la mitad de la década de los 80 hasta casi el final del pasado siglo. Sólo cuando Ardanza estaba a punto de abandonar definitivamente la lehendakaritzta tuvo Pujol el «detalle» de reparar la ofensa acudiendo a despedirle oficialmente a Ajuria-Enea.

Así, pues, ante el peligro de pasar a la historia como un «tibio autonomista» o un «michelín», según el otro término despectivo que esta vez acuñó Arzalluz para designar a los cargos del PNV supuestamente «apoltronados» en los gobiernos de la época, el lehendakari Ardanza se ha visto en la necesidad de dejar constancia en sus Memorias de las arraigadas convicciones abertzales que desde niño han

guiado su vida pública y privada. Es en ese contexto donde se explican también, aunque no sólo en él, las páginas que el libro dedica a su infancia y a su educación familiar, así como a su compromiso político previo a su dedicación a la cosa pública.

Sin embargo, una vez dejada constancia de este su compromiso personal con el nacionalismo, Ardanza consagra la mayor parte de sus Memorias a explicar las pautas que guiaron su acción de gobierno, hasta convertirse en criterio supremo de ella, y que no fueron otras que las que brotaban de su doble convicción de encontrarse ante una sociedad, en primer lugar, disociada por sentimientos duales de pertenencia nacional y, en segundo, desgarrada por un terrorismo que apelaba, para su justificación, a motivos de índole política. De hecho, quien lea sus Memorias con un mínimo sentido de la curiosidad no podrá no advertir que esta doble convicción funciona en su autor como una especie de obsesión que dirige y modera toda su actividad política.

En lo que se refiere a la dualidad de sentimientos nacionales, Ardanza acabó descubriendo que lo que vino en llamarse «*transversalidad*» o acuerdo entre diferentes era el instrumento más funcional para gestionarla. En este sentido, lo que fue, en un primer momento, una

necesidad asumida sólo con notable reticencia –el pacto entre nacionalistas y socialistas– se convirtió muy pronto en una virtud que dio lugar a un discurso político en torno al pluralismo y al mestizaje que Ardanza elaboró y desarrolló con notable coherencia y profundidad. La pluralidad vasca comenzó a ser mirada, no como un obstáculo del que habría que librarse para poder realizar el proyecto político de cada uno, sino como un factor constitutivo y enriquecedor del que nadie podía prescindir si quería mantener una sociedad integrada y cohesionada. En este sentido, el pactismo, peyorativamente denominado «*ardancismo*», no podía ser ya visto como una renuncia al nacionalismo, sino como el único modo en que cualquier nacionalismo democrático puede actuar en una sociedad disociada en cuanto a sus sentimientos de pertenencia nacional.

Parecido talante pactista y mediador demandaba aquella sociedad desgarrada por el terrorismo que a Ardanza le tocó gobernar. Frente a la división que también en el terreno de la lucha antiterrorista prevalecía en aquella época entre nacionalistas y no nacionalistas –los unos defendiendo medidas políticas, y los otros, sólo policiales– se imponía crear otra que girara en torno al concepto de democracia. Eso lo consiguió el entonces lehen-

dakari agrupando a todos los partidos democráticos en el Acuerdo para la Normalización y Pacificación de Euskadi, más conocido como Pacto de Ajuria-Enea. En él, el terrorismo no es concebido como *«el reflejo violento de un conflicto político no resuelto»*, es decir, en términos de nacionalismo, sino, más bien, como *«la expresión más dramática de la intolerancia y el máximo desprecio de la voluntad popular»*, es decir, en términos de democracia o totalitarismo. De esta certera definición, que se inscribe en el primer punto del Pacto, nació, además de una estrategia completa de política antiterrorista, la posibilidad de mantener unidas a las fuerzas democráticas cualquiera que fuera su adscripción a ideologías nacionalistas o no nacionalistas.

Al evocar en sus Memorias estos hitos de sus catorce años de gobierno, Ardanza no está, sin embargo, sólo recordando el pasado, sino que ofrece también, aun cuando no sea ésa su voluntad expresa, pautas de comportamiento para el futuro. Y es que, en los dos aspectos que en estas líneas se han abordado y que constituyen el meollo de los recuerdos del exlehendakari, la sociedad vasca tiene todavía mucho camino por recorrer. La pluralidad de la sociedad vasca, de un lado, plantea aún serios problemas de gestión y el terrorismo, de otro, pese a que ETA haya declarado su

final definitivo, deja aún algunos flecos importantes hasta su absoluta desaparición.

En tal sentido, las pautas de gobierno que siguió Ardanza parecen responder, más que a circunstancias coyunturales, a constantes que se mantienen estables. Tras estos últimos años de alianzas que han estado caracterizadas más por la exclusión que por la inclusión, por el enfrentamiento más que por el entendimiento, las políticas transversales o los acuerdos entre diferentes que en aquellos tiempos se practicaron son hoy objeto de añoranza en una sociedad que no ha dejado de sentirse tensionada por pulsiones disgregadoras. La fuerte irrupción en la escena política de quienes hasta hace bien poco han dado cobertura a la violencia incrementa aún más esas pulsiones y hace esa añoranza aún más intensa.

Y, en cuanto al terrorismo, uno no puede no constatar que el *«desistimiento»* de quienes lo ejercían, que es el desenlace que el Pacto de Ajuria-Enea previó y estimuló, ha sido finalmente el modo en que aquel ha terminado. No estaría, por tanto, de más que, también para rematar los flecos que aún quedan sueltos, los puntos 9 y 10 del mismo Pacto, referidos a la reinserción y al diálogo para alcanzarla, sirvieran de pauta de comportamiento a quienes hoy tienen la responsabilidad de rematarlos. ■